

Recordar, compartir, aprender

Salamanca

Dionisia Llamas, 87 años

Cristina Martín Rodríguez, 21 años

NOSTALGIA, NO QUIERO SER TU AMIGA

Todos tenemos una vida, una historia, un sueño cumplido y quizás miles que jamás se cumplirán. Todos respiramos y hemos tenido momentos en que hemos estado a punto de ahogarnos. Por la guerra, el amor o cualquier mal de pequeña o gran escala.

En ocasiones, sólo nos sabemos de memoria las grandes historias. Los hermosos dramas, como los de los héroes griegos, maltratados por el destino, que les regalaba instantes mágicos a cambio de una vida terrible. Nos encanta el dolor, el amor imposible, el amor platónico, las películas de guerra, las historias de quienes lo han perdido todo y siguen adelante. Nos apasionan los cuentos de hadas con final infeliz en los que la princesa se queda en el barro. Nos hacen temblar las canciones tristes. Las desgarradas, las de llorar... Sin embargo, las historias más bellas, los héroes más valientes y los cambios 'que cambian el mundo' tienen como protagonistas a personas cuyo nombre y apellido suele quedar en silencio. El olvido olvida a los mejores. El tiempo les olvida con el tiempo.

Dionisia Llamas es una de esas protagonistas anónimas de la historia de la vida. En su biografía no encontramos dosis de desamor suficientes. No firmó tratados de paz, ni combatió en la guerra, ni siquiera ha tenido hijos que la echen de menos cuando tenga que marcharse. Dionisia nació en Zamora hace 87 años, aunque pasó la mayor parte de su vida en Madrid. En esta ciudad pasó los mejores y peores momentos de su vida y, precisamente por eso, es por lo que lo considera su hogar.

Madrid conoció a la joven Dionisia llena de ganas de vivir, pero también a la que se quedó sola tras la muerte de sus padres. Los seres humanos somos lo que hemos sufrido. Los momentos más tristes son los que nos hacen ser más fuertes. Pero debemos recordar sólo las lecciones de la supervivencia positiva. La de ver el lado bueno, la de no rendirnos. La supervivencia basada en el rencor y en 'lo que pudo haber sido' sólo puede llenarnos de odio, consumirnos por nuestro dolor.

Dionisia habla constantemente de dos momentos: la muerte de su hermano durante la Guerra Civil mientras combatía en el bando nacional y "cuando sus padres se fueron". Quizás la herida siga doliendo demasiado a pesar de haber transcurrido treinta años y aún no sea capaz de decir "cuando sus padres murieron".

Sin embargo, Dionisia habla de todo ello con una sonrisa. La cruel y dulce sonrisa de la resignación. De hecho, a pesar de lo que la gente pensaba, la muerte de sus padres fue un golpe duro, pero no mortal. Dionisia nunca se casó, cuando habla de amor sólo se refiere al que siente por su familia y por Dios. Tuvo varios pretendientes, pero simplemente no se casó. Cree en el amor entre un hombre y una mujer, pero no es algo que eche de menos. Dionisia ha aprendido a no entablar amistad con la nostalgia. Con los recuerdos. Con las viejas fotografías de épocas más hermosas. Ella sabe que echar de menos sólo trae dolor.

Su gran sueño sin cumplir es haber sido directora de orquesta. Pero prefiere verlo como algo que simplemente no ocurrió a denominarlo "sueño sin cumplir". Cuando Dionisia se aburre de los horarios concretos de su residencia o de las partidas de cinquillo con sus amigas, se va a su habitación y juega a ser directora de orquesta. La música le sirve para salir un rato de la residencia y viajar a donde ella quiere.

Una de las pasiones de Dionisia es viajar. Durante 16 días visitó todas las regiones de Italia. Aún recuerda la mágica tarde en que se paseó en una góndola en Venecia.

Pero de esos viajes hace ya mucho tiempo. Ahora sólo puede viajar con la mente aunque, en realidad, la

imaginación es la forma mejor de viajar. Podemos ir a donde queramos sin que nos pierdan la maleta o nos dejemos el corazón en algún lugar.

Las caderas de Dionisia son su punto débil. Pero ella, siguiendo su habitual positivismo, ha aprendido a vivir con ello. Tiene prótesis en ambas caderas. Pero no habla de 'limitaciones'. Simplemente "ahora ya no pueden llevarme muy lejos". Cuando quiere, viaja con la mente a la cafetería que había en el número cuatro de la calle Radio de Madrid, donde se tomaba cada mañana "el mejor chocolate con churros del mundo".

Dionisia tiene una inteligencia elevada, pero sobre todo, una inteligencia práctica. Todos admiramos a los genios que descubren las grandes teorías matemáticas o los misterios de la física, pero esos conocimientos son para los demás, para el progreso. La inteligencia de Dionisia le ha enseñado a construir un modo de vivir que la aleje del dolor y la nostalgia.

Ahora su hermano Ángel vive en la habitación de al lado en la misma residencia que Dionisia. Él está a punto de cumplir 90 años, pero está cansado ya, lo cual le hace tener 270 años de edad espiritual. Para calcular la edad espiritual nos basamos en el número 3. Las personas sin ganas de vivir tendrán una edad espiritual resultado de multiplicar por 3 su edad física. Las personas con ganas de vivir tienen una edad espiritual resultado de dividir entre 3 su edad física. Por tanto, Dionisia tiene, en realidad, 29 años ($87 \div 3 = 29$).

La edad real no es la que pone en nuestro DNI, la edad real viene marcada por nuestro cansancio o por nuestra energía. Dionisia es, en apariencia, una señora de 87 años que está prácticamente sola en este mundo; a la que le queda poco que esperar de la vida y que sólo puede viajar con la imaginación porque sus caderas le impiden ir más allá de la gasolinera que está cerca de la residencia a la que acude con su hermano Ángel a tomar café.

Dionisia es, en realidad, una mujer moderna que viste cada día con su camisa más elegante y no se desprende de sus joyas. No sale casi de la residencia, pero eso no implica que se sienta "atrapada entre cuatro paredes". Y, cuando se siente vieja, juega a ser de nuevo una joven que compraba collares en cada sitio que visitaba. No importa que ya no pueda comprarlos físicamente. Los compra con la imaginación.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

"Vivir es maravilloso, aunque nunca he sabido por qué merece la pena vivir". Dionisia no cree que exista una respuesta para la pregunta "¿Por qué merece la pena vivir?". Pero tampoco quiere encontrarla. Saber demasiado duele.

Dionisia no está a favor de "La felicidad del ignorante", pero tampoco de "La curiosidad mató al gato". Dionisia prefiere pensar que cada caso es un mundo. Cada vida tiene su música particular. Cada persona sus penas y glorias.

Dionisia tampoco es nihilista, ni sigue ninguna corriente filosófica como el taoísmo (dejemos a la naturaleza fluir). Ella simplemente considera que la vida no es más ni menos que lo que imaginemos. Ella no cree en conceptos numéricos o escalas de valores positivos o negativos para categorizar la vida. Dionisia no echa de menos nada, tampoco de más.

La vida no es correr. La vida no es permanecer detenido. Sin embargo, pese a no saber "por qué merece la pena vivir", responde, sin dudar, que volvería a vivir todas las veces que se le permitiese. Cometería los mismos errores. Viviría las mismas alegrías. Pero seguiría en cada nueva oportunidad, buscando el misterio de la vida. Pero sin hacerse preguntas. Simplemente viviendo. "¿Ser un gato con sus siete vidas?". "Por supuesto".